

FINES Y MEDIOS: EL SABER POLÍTICO PRÁCTICO DE EL PRÍNCIPE DE MAQUIAVELO

JORGE SAAVEDRA ALONSO*

El autor analiza El Príncipe como saber político práctico; origen de la Ciencia Política actual. La 'ciencia empírica de la política, contenida en El Príncipe, es el resultado necesario de la aplicabilidad de las 'reglas generales' prescritas por Maquiavelo. Estas reglas prácticas, que son conocimiento político, están dirigidas a la fundación y conservación del Estado. La unidad en el Estado es la solución práctica a los problemas concretos de la Italia de tiempos de Maquiavelo. La amoralidad de los medios prescritos en El Príncipe es el resultado de la aplicación de la racionalidad, sin ningún tipo de restricciones, a la acción política.

*A mi madre,
Ana María.*

INTRODUCCIÓN

El Príncipe es *saber político práctico*. Consiste en un conjunto coherente de reglas generales de actuación, que prescriben cómo puede un príncipe optimizar el uso del poder político -medios-, con vistas al fin de la fundación, conservación y engrandecimiento del Estado. Este artículo es un análisis de la estructura básica de fines y medios que subyace al 'conocimiento para aplicar' de El Príncipe. Al situar esta obra en la realidad política de su época, se comprende la 'ciencia de la política' de Maquiavelo, que es un 'saber para aplicar' a la solución de los

* Magíster (c) en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

problemas políticos concretos de Italia. El artículo, que consta de tres partes, sirve también como introducción al estudio de *El Príncipe*.

En la primera parte se constata la coherencia metodológica del pragmatismo de Maquiavelo: si se desea prescribir medios máximamente adecuados al logro de fines políticos prácticos, entonces se debe disponer de un 'saber político práctico', cuyo fundamento debe ser, necesariamente, empírico. De aquí la importancia de la 'ciencia' de Maquiavelo, base del 'conocimiento empírico de la política' contenido en *El Príncipe*.

En la segunda parte se analizan los fines en *El Príncipe*. Hay el fin práctico, la construcción y conservación del Estado, y sus beneficios, esto es, paz, seguridad, bienestar. Maquiavelo, agudo observador de su época, escribió *El Príncipe*, en último término, para promover la unidad italiana bajo el gobierno de un príncipe nuevo. Fundar el Estado italiano era la única *sólución práctica* a los problemas políticos de esa península, esto es, la debilidad externa, las luchas internas y la escasa legitimidad de sus gobiernos.

En la tercera parte, y final, se analizan los medios a disposición del príncipe y las reglas generales que Maquiavelo prescribe para su utilización. Estas reglas deben ser observadas por todo príncipe prudente que desee *maximizar* sus posibilidades de mantenerse en el poder y consolidar su Estado.

-
- 1 Nicolás Maquiavelo nace en Florencia el 3 de mayo de 1469. Su vida se puede dividir en tres etapas. De la primera, su juventud, se sabe poco. Coincidió con una época especialmente tumultosa en la historia de Florencia. El auge y caída de Savonarola impresionó profundamente a Maquiavelo. Una segunda etapa, dedicada a la política profesional, se inicia en 1498, tras la ejecución de Savonarola, al ser nombrado Secretario de la Segunda Cancillería de Florencia. Este cargo lo conserva hasta la caída de la República, a manos de los Médicis, en 1512. En la última etapa de su vida, incapaz de conseguir un cargo público, se dedica a escribir el conjunto de sus obras políticas y literarias. Maquiavelo muere también en Florencia el 21 de junio de 1527. Tras dos siglos y medio de 'antimaquiavelismo', Florencia le rinde tardíos honores en 1787, con la erección de su tumba en la Iglesia de Santa Croce, entre las de Galileo y Miguel Ángel. Allí, la siguiente inscripción le recuerda: *Tanto Nomini Nullum Par Ellogium*, a tanto nombre no hay elogio que lo iguale.
 - 2 Maquiavelo escribió 'El Príncipe' en 1513, durante su retiro forzado en San Casciano, tras el retorno de los Médicis a Florencia. El Príncipe circuló privadamente, en manuscrito, hasta la muerte de Maquiavelo, tras la cual fue publicado en 1532. La obra desató una fuerte ola de 'antimaquiavelismo', sin duda favorecida por el clima intelectual de la Reforma y la Contrareforma. En 1557, el Concilio de Trento incluyó a *El Príncipe* en el Índice, siendo removido sólo en 1890.

I. PRAGMATISMO, CONOCIMIENTO EMPÍRICO Y LA 'CIENCIA' DE MAQUIAVELO.

Nicolás Maquiavelo¹, el autor de *El Príncipe*², no fue un filósofo, en cambio, fue un pensador extremadamente pragmático que puso su intelecto al servicio de la práctica política. «Si el conocimiento empírico es, en general, un *saber práctico*, ya decimos con esto que el conocimiento filosófico no es un conocer empírico; su diferencia radica, exactamente, en *no plantearse el problema de la aplicación*»³. En el *Príncipe*, Maquiavelo nos entrega un *saber práctico*, un conocimiento aplicable al logro de los fines de la acción y, en consecuencia, sustentado en la observación de los hechos. El conocimiento verdadero y valioso era, para Maquiavelo, aquél que demostraba ser útil: aquél que en la práctica producía acciones que alcanzaban satisfactoriamente sus fines.

A Maquiavelo le preocupaba el problema de la acción política, y el éxito práctico es imposible sin un conocimiento empírico válido y objetivo. Maquiavelo desarrolló un conocimiento empírico que le permitiera prescribir acciones políticas exitosas, es decir, usar provechosamente los medios para alcanzar los fines prácticos deseados. Como sostiene Sartori, «*los problemas de la acción remiten a un conocimiento dirigido a los fines de la acción*; esto es, a un 'conocimiento para aplicar', que justamente estudia los problemas en clave de resolución práctica, estudia los medios más aptos para conseguir los fines. Y la tesis en que se funda es que el conocimiento del cual se vale la acción, no puede sino ser un conocimiento empírico: en nuestro caso, no la filosofía política, sino la ciencia empírica de la política»⁴. Maquiavelo comprendió, tempranamente en la historia del pensamiento político, que si deseaba que las reglas generales que prescribía lograran el éxito práctico buscado, debían ser extraídas de la observación objetiva de la experiencia política real. Por consiguiente, fundó su conocimiento político en hechos objetivos, en la verdad efectiva de la cosa, la *verità effettuale della cosa*⁵. Maquiavelo se apartó de la opinión común de su época y fundó el estudio de la política en hechos y no en la mera especulación, en la realidad y no en la imaginación⁶; en suma, en la 'ciencia empírica de la

3 El hecho de que el saber filosófico no sea práctico «no es un defecto o una omisión. Es, por el contrario, la indicación de una función y de un destino heurístico diferente». Sartori, Giovanni, **La Política: Lógica y Método en las Ciencias Sociales**, México: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 46.

4 *Ibíd.*, pp. 47-48.

5 *El Príncipe*, XV.

6 Cf. *Ibidem*. «Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos».

política'. Este es uno de los principales logros intelectuales de Maquiavelo, y lo hace acreedor, con justicia, del título de padre de la Ciencia Política moderna.

Recapitulando, Maquiavelo fue un 'pensador pragmático'. El conocimiento contenido en *El Príncipe* es, en primer lugar, 'saber para aplicar'. En segundo lugar, ese conocimiento, porque no podría ser de otra forma, tiene un fundamento 'empírico': está basado en la observación realista de los hechos políticos. Sin esta base empírica, el pragmatismo de Maquiavelo probaría ser desastroso: un 'pragmatismo inútil', incapaz de alcanzar los fines que se propone. En fin, el pragmatismo de Maquiavelo constituye, a la vez, una base fundamental para la comprensión de su pensamiento y para la constitución de la Ciencia Política; ciencia que aspira, fundamentalmente, a intervenir exitosamente sobre la realidad.

Sin duda, uno de los aspectos más extraordinarios de *El Príncipe*, es la 'ciencia empírica de la política' que le subyace⁷, y su base de sustentación, una novedosa metodología del estudio de la política. Esta se caracteriza por diversos elementos, de los cuales destacaremos tres, básicos para la comprensión de Maquiavelo.

Primero, en *El Príncipe*, Maquiavelo separa nítidamente la política de la religión y de la moral, haciendo a aquélla por primera vez absolutamente autónoma de éstas. Este es un paso fundamental para la fundación de la Ciencia Política como un campo de estudio independiente. La política tiene sus propias leyes y por lo tanto «es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno»⁸, ya que «a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión»⁹. Si aceptamos que la política es un campo autónomo, entonces también debemos aceptar que para alcanzar los fines políticos se deben seguir sus propias reglas. «Aquél que busca la salvación del alma, no debe buscarla en el camino de la política, porque las tareas características de la política sólo pueden ser resueltas por medio de la violencia»¹⁰. Por esto es que Maquiavelo prescribe nuevas

7 Entre los estudiosos no hay acuerdo respecto de si Maquiavelo utilizó o no un método calificable de 'científico'. Las opiniones van desde que Maquiavelo no tuvo método alguno, basándose sólo en su sentido común, hasta quienes le consideran un verdadero científico social, un Galileo de las Ciencias Sociales (ver: Olschki, Leonardo, **Machiavelli the Scientist**, Berkeley, 1945).

8 *El Príncipe*, XV.

9 *El Príncipe*, XVIII.

10 En: Max Weber, **Essays in Sociology**, New York, 1964, p. 126. Citado en: Parel, Anthony (ed.), **The Political Calculus. Essays in Machiavelli's Philosophy**, Toronto and Buffalo: University of Toronto Press, 1972, p. 14.

reglas de actuación en el campo de la política, necesarias, a su juicio, para alcanzar los fines propiamente políticos. De aquí se deriva también la asombrosa objetividad, y frialdad, con que Maquiavelo estudia la política¹¹; y de paso explica que el frío y calculador teórico de *El Príncipe* conviviera en una misma persona con el piadoso autor de *La Exhortación a la Penitencia*. Cada orden tiene su propios fines y sus propios medios: buscar la santidad a través de la acción política es, para Maquiavelo, causa segura de ruina personal.

Segundo, Maquiavelo parte de un supuesto crucial para la fundación de las Ciencias Sociales: la regularidad del comportamiento humano. Para que sea posible la ciencia, el animal político debe necesariamente seguir ciertos patrones básicos de comportamiento, iguales en todo tiempo y lugar. Maquiavelo fundó su estudio empírico de la política, y la formulación de reglas generales, en esa regularidad. La naturaleza humana y las leyes que gobiernan su acción son siempre las mismas. «Aquél que considere los asuntos presentes y los antiguos» comprenderá que ellos «son llevados por hombres que tienen y siempre han tenido las mismas pasiones y producen necesariamente los mismos resultados»¹². Sin esta uniformidad no podría haber conocimiento científico de la política.

El tercer elemento es el uso de un 'método inductivo' para el estudio de la política. Maquiavelo extrajo las reglas de actuación política, que prescribe en *El Príncipe*, de la observación del comportamiento político de los hombres. El saber político de Maquiavelo deriva del dato real, del «conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y en un incesante estudio de las antiguas»¹³. Tras observar las acciones políticas concretas, Maquiavelo formuló generalizaciones en la forma de prescripciones o 'reglas generales' de actuación. La 'inducción' de Maquiavelo la vemos funcionando por primera vez en el capítulo III de *El Príncipe*, cuando al final de ese apartado, tras estudiar la fracasada política de Luis XII en Italia, concluye que de aquí «se infiere una regla general que rara vez o nunca falla: que el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propia ruina»¹⁴.

11 Cf. Olschki, Leonardo, op. cit., p. 54. Olschki afirma, respecto de Maquiavelo, que su «supervivencia y ubicuidad se sustentan en la impasible objetividad de sus observaciones respecto de la naturaleza de los asuntos humanos y políticos».

12 Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, I, 39; ver también el Prefacio (en adelante citado como 'Discursos').

13 *El Príncipe*, Introducción.

14 *El Príncipe*, III.

Es, entonces, justo conceder a Nicolás Maquiavelo el título de padre de la Ciencia Política moderna; aunque hoy, a mi juicio, no se pueda llamar 'ciencia' a su 'saber práctico' derivado de la observación realista del mundo, ni científico a su 'método'. La ciencia tiene reglas precisas y rigurosas, ausentes en *El Príncipe*; por ejemplo, los conceptos de Maquiavelo no son operacionales y de hecho tienen significados múltiples, prestándose a diversas interpretaciones. Podemos afirmar, eso sí, que con *El Príncipe* se inicia un camino hacia la Ciencia Política. Esa obra contiene, en estado germinal, elementos básicos del actual estudio 'científico' de la política. Maquiavelo comprendió lo fundamental: sólo es posible el logro de los fines políticos prácticos, si la acción, o el uso de los medios, es guiada por un conocimiento empírico de la política, base de todo 'saber para aplicar'. Esta idea es la semilla de la que brotó la Ciencia Política actual.

El Príncipe y la Acción Política Racional.

Una acción es racional si, en primer lugar, es máximamente adecuada al logro del fin al cual se dirige y, en segundo lugar, si el fin y los medios utilizados se eligieron mediante el uso consciente del mejor conocimiento relevante disponible. La lógica es simple: actuamos racionalmente si escogemos un fin práctico que resuelve nuestro problema y, posteriormente, hacemos uso de todos los medios de los que disponemos para alcanzarlo. Desde esta perspectiva, *El Príncipe* es una obra extremadamente coherente. Primero, Maquiavelo definió el fin práctico: fundar, conservar y engrandecer el Estado (cualquier Estado en general, pero en último término el Estado italiano). Este fin lo fijó después de observar atentamente los procesos políticos de su época y las necesidades de Florencia e Italia. Segundo, Maquiavelo maximizó sus posibilidades de éxito a través del desarrollo de un 'saber político práctico', que prescribe reglas para el óptimo uso de los medios disponibles por parte del príncipe. La racionalidad de la acción política depende, en último término, de la prudencia del príncipe, o sea de la capacidad de cálculo de su razón práctica, ya que es él quien dispone de los medios políticos. El conocimiento contenido en *El Príncipe* está, por consiguiente, destinado a 'los príncipes'.

Es la racionalidad propia de la esfera política y, por lo tanto, autónoma de toda ética, la que lleva a Maquiavelo a prescribir el uso 'ilimitado' de los medios disponibles. La lógica de Maquiavelo es aplastante: si lo que se desea es *maximizar las probabilidades de alcanzar los fines prácticos*, entonces debemos *optimizar el uso de todos*

los medios que estén a nuestro alcance. Si se desean maximizar las propias posibilidades de éxito, no se pueden dar ventajas de ningún tipo. Esto es simplemente un hecho. Entonces, la justificación del comportamiento 'vicioso' es práctica: las acciones políticas se valoran según su utilidad, según si alcanzan o no su finalidad. La razón es infinitamente despiadada cuando se la utiliza con rigor e inflexibilidad, pues no es más que un instrumento, aunque extremadamente poderoso, que nos ha dado la naturaleza.

En *El Príncipe*, la racionalidad propia de la política prescribe la amoralidad en el actuar como el comportamiento óptimo para el logro de los fines deseados. Sin embargo, esto no implica que en la esfera de la acción política los valores deban estar ausentes. El orden lógico es el inverso: si el ámbito político carece de un marco valórico efectivo, como ocurría en tiempos de Maquiavelo, entonces todos los medios están disponibles y aquél que no los utiliza sucumbe ante aquellos hombres que actúan sin remordimientos. Estos, a juicio de Maquiavelo, son la mayoría¹⁵. En estas condiciones, *El Príncipe* se transforma en la 'biblia' del animal político. Ahora bien, si la convivencia entre los hombres es brutal debido a la ausencia de un marco axiológico, entonces el uso de la racionalidad extrema que prescribe Maquiavelo puede restringirse (y de hecho este ha sido el resultado del desarrollo de la democracia liberal)¹⁶. Maquiavelo, en *El Príncipe*, no hizo más que prescribir racionalmente el uso de los medios al alcance del príncipe. El desafío consiste en que esos brutales medios dejen de ser accesibles¹⁷, pero si lo son, es absurdo culpar a Maquiavelo por sus prescripciones.

15 Para Maquiavelo la naturaleza humana se inclina a la perversión y por lo tanto quien actúa en el 'temor de Dios' fracasa, «porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro» (*El Príncipe*, XVII). Desde esta perspectiva, quien limita voluntariamente sus acciones por consideraciones morales sólo da ventajas a los hombres que no lo hacen. En consecuencia, un hombre bueno «es inevitable que se pierda entre tantos que no los son» (*El Príncipe*, XV). Con Maquiavelo el final de la historia nunca es feliz: siempre ganan los malos.

16 La democracia liberal realiza hoy los valores con los cuales los hombres alguna vez sólo pudieron soñar. Este sistema político provee un conjunto de medios efectivos para limitar el uso del poder. Los valores están contenidos en el Derecho, el que actúa como un efectivo regulador de la conducta sólo si es sancionado, en último término, por el uso o amenaza del uso de la fuerza física. Sólo el poder puede efectivamente limitar al poder. La esencial amoralidad de la acción política racional no regulada, significa que, en política, la fuerza es siempre el último recurso, incluso cuando se defienden nobles valores.

17 Nuestros esfuerzos futuros deberían encaminarse simultáneamente en dos direcciones: Primero, al perfeccionamiento de la democracia liberal y su expansión a nuevos Estados. Y segundo, a extender el imperio de la ley al ámbito internacional, el que

II. SOBRE LOS FINES EN EL PRÍNCIPE.

Damos al concepto de fin un doble significado: primero, es obra o fin práctico; segundo, es beneficio o fin último. En su primer sentido, el fin es la realización de una obra concreta, y constituye la guía práctica de la acción política hacia la que se organizan los medios disponibles: es la diana hacia la cual el arquero dispara sus flechas. Dar en el blanco equivale a realizar el fin práctico deseado, el que para Maquiavelo es fundar, potenciar y conservar el Estado¹⁸. ¿Qué Estado? En primer lugar el Estado en general, porque sus prescripciones se pueden aplicar a cualquier Estado (por ejemplo, al florentino). Pero en última instancia el Estado italiano. La salud del Estado justifica cualquier acto, el más bajo y el más noble. «Siempre que uno esté decidiendo la salud de su propio país, ninguna consideración de justicia o injusticia, de misericordia o crueldad, de valor o ignominia, debe intervenir; 'de hecho, uno debe postergar cualquier otra preocupación para seguir aquella alternativa que va a salvarle su vida y mantenerle su libertad'¹⁹. Para Maquiavelo, el bien del Estado *todo* lo justifica.

El príncipe virtuoso organiza su Estado de forma tal que le sobreviva. No es sano el Estado que depende de la *virtù* de un hombre, pues perecerá con su muerte. Pero el príncipe más virtuoso es aquél que funda instituciones políticas perdurables²⁰. Por último, la virtud del príncipe es máxima si esas instituciones dan forma al Estado perfecto. «El Estado alcanza su perfección constitucional, su verdadero y perfecto fin,

para todos los efectos prácticos continúa siendo un verdadero 'estado de naturaleza'. Estas son las prescripciones de Kant en su célebre Tratado sobre la Paz Perpetua. La consolidación de la paz mundial requiere que el Derecho, sancionado por la fuerza, rijan a nivel mundial las relaciones entre los hombres y entre los Estados. La única forma efectiva de terminar con la violencia política a gran escala es que todos los Estados se sometan a un gobierno común. Un requisito básico para que ello ocurra es la expansión de la democracia (el régimen republicano, decía Kant) a todos los Estados del mundo, ya que sólo en este régimen las decisiones las toman quienes deben sufrirlas. El proyecto de unidad la europea parece ser un paso fundamental en este sentido.

18 Cf. de Grazia, Sebastian, **Machiavelli in Hell**, New Jersey: Princeton University Press, 1989, capítulo 7. Aquí de Grazia analiza los fines del pensamiento político de Maquiavelo y concluye que «the point of it all» es la preservación de la salud del Estado.

19 *Ibid.*, p. 193. La cita original es la siguiente: «Whenever one is deciding the very health of one's country, no consideration of just or unjust, of merciful or cruel, of praiseworthy or ignominious, must enter; 'indeed, one must defer every other concern in order to follow that alternative that will save her life and keep her freedom'». La cita dentro de la cita es de los 'Discursos'.

20 Discursos, I, 11.

en un país donde el bien común es perfectamente observado, esto es, en una república independiente perdurable en la que la ley es respetada y las mujeres honradas, en donde los cargos públicos superiores están abiertos a todos los ciudadanos, en donde hay igualdad social y económica, y donde están aseguradas las oportunidades para disfrutar de las ganancias de la libertad y de la industria y de transferirlas a los hijos propios; en una 'república perfecta', una que refleje 'el camino ordenado por el cielo'²¹. El príncipe máximamente prudente es, entonces, aquél que funda las instituciones que permiten a la 'república perfecta' existir y persistir en el tiempo. Este príncipe adquirirá gloria eterna.

Ahora bien, el segundo significado de fin es el de 'causa última' de la acción política. En este sentido, el fin consiste en beneficios o recompensas que se obtienen con la realización del fin práctico. Estos beneficios o bienes políticos individuales (sea que se entiendan como valores, intereses materiales, afectos, oscuras motivaciones psicológicas, o de cualquier otra forma), son los que satisfacen los infinitos deseos del animal político. Sin deseos y beneficios no existiría la acción política. Para Maquiavelo, los hombres buscan básicamente «gloria y riquezas»²², pero antes buscan su seguridad (de ahí la prescripción de Maquiavelo de que un príncipe debe ser temido si desea conservarse en el poder: el temor paraliza a los hombres). Desde esta perspectiva, un Estado es una organización sobretodo útil. Un Estado entrega a sus miembros a lo menos los siguientes beneficios: paz y seguridad, y, posteriormente, los bienes superiores del bienestar (desarrollo de la industria, de las finanzas y del comercio, administración de justicia, educación y salud públicas, etc) y de la libertad política.

El bienestar y la libertad son cronológicamente posteriores al logro de la seguridad y de la paz, pues primero «es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque de lo contrario fracasaría inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas», y «aquéllas nada pueden donde faltan éstas» y «allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes»²³. Este realismo político de Maquiavelo

21 de Grazia, Sebastian, op. cit., p. 193. La cita original es: «The state has its constitutional perfection, its true and perfect end, in a country where the common good is best observed, that is, in a durable independent republic where law is respected and women honored, where high office is opened to all citizens, where social and economic equality obtain, where freedom to enjoy the gains of liberty and industry and to pass them on to one's children is assured - in a 'perfect republic', one that will run the 'whole course ordained by heaven'».

22 El Príncipe, XXV.

23 El Príncipe, XII.

explica al menos dos cosas. Primero, la absoluta prioridad que, entre los medios, Maquiavelo da a los ejércitos (lo veremos más adelante). Para él, sin buenas tropas, es decir, sin seguridad, no se puede acceder a los bienes superiores de la vida que llamamos civilizada, esto es, al bienestar y a la libertad. ¡Qué paradoja! Y, segundo, su realismo político explica la aparente contradicción que existe entre el Maquiavelo de *El Príncipe* y el republicano convencido de los 'Discursos'. El primero conduce al segundo. A juicio de Maquiavelo, la república necesitaba de la existencia previa del principado. El Estado italiano sólo podría ser fundado por un príncipe nuevo. En consecuencia, el acceso del pueblo al bienestar y a la libertad política, principio éste asociado al régimen republicano, era necesariamente posterior al logro de la paz y la seguridad. Pero a todos estos bienes se accede sólo si se realiza el fin práctico de la fundación y preservación del Estado.

Nos queda por examinar una cuestión: ¿porqué Maquiavelo fijó la fundación del Estado italiano como el fin práctico fundamental de todos sus esfuerzos intelectuales?

Italia en Tiempos de Maquiavelo.

Maquiavelo fue esencialmente un florentino del primer cuarto del siglo XVI. *El Príncipe* lo escribió mirando el mundo desde Florencia o, en términos más abstractos, desde uno de los Estados italianos soberanos de la época. Desde allí, Maquiavelo observó el conjunto de los procesos políticos italianos como parte integrante de un conjunto mayor: el sistema político europeo. En otras palabras, para Maquiavelo Florencia representaba el centro de dos círculos concéntricos sucesivos: el primer círculo, de menor diámetro, era Italia, y el segundo, y mayor, Europa.

Al interior del primer círculo, en Italia, Maquiavelo observaba que no había paz ni seguridad. Y ello por dos razones principales: primero, por la división interna, responsable de la interminable lucha entre los distintos Estados italianos; y segundo, por la inestabilidad de sus gobiernos.

Italia estaba dividida en una multitud de Estados soberanos, destacando fundamentalmente cinco, notoriamente más fuertes que los demás: la poderosa República de Venecia, los Estados Pontificios, el Reino de Nápoles (bajo el poder de Fernando el Católico, rey de Aragón), el Ducado de Milán y, por último, Florencia, la más débil de los cinco. Existían también en Italia una multitud de otros Estados, varios de ellos célebres por diversas causas: Ferrara, Génova, Mantua, Padua, Pisa, Siena, Urbino, etc; pero éstos no eran lo suficientemente fuertes como para jugar un papel decisivo en la política italiana. El sistema político italiano se definía básicamente por las relaciones existentes entre los

‘cinco grandes’, los únicos poderes verdaderamente relevantes. En Italia, tal como ocurre hasta el día de hoy a nivel internacional, sus Estados soberanos se encontraban entre sí en un ‘estado de naturaleza’, o sea en una situación de permanente amenaza externa. Las guerras eran continuas. No existía una fuerza capaz de imponerse a las demás y unificar la península, garantizando la paz y la seguridad. Sólo la unidad pacificaría Italia.

El segundo problema que, dentro del círculo italiano, ayudaba a debilitar a Italia, era la escasa legitimidad de sus gobiernos y, por ende, su escasa estabilidad y el primado de la fuerza por sobre la ley. El inestable gobierno florentino, el que Maquiavelo conoció más de cerca, fue representativo de la débil legitimidad de los gobiernos italianos de la época y explica que, como fuente de inestabilidad, Maquiavelo temiera más a las conspiraciones internas que a las amenazas externas. En pocos años, Florencia conoció diversos regímenes políticos -y muchas más conspiraciones fallidas-: del gobierno de los Médicis a la República, pasando por Savonarola, hasta volver a la República y nuevamente a los Médicis.

En la Italia de los tiempos de Maquiavelo, las desaparecidas instituciones y bases de legitimidad políticas medievales no habían sido aún reemplazadas por nuevas formas válidas. Por lo tanto era la fuerza o el nudo poder, en manos de los príncipes, el principal pilar que sostenía al gobierno y al Estado. En estas circunstancias, los gobiernos italianos eran altamente inestables y los príncipes ascendían y caían continuamente de acuerdo con su *virtù* y su *fortuna*. De aquí que el Estado fuera concebido como una obra de arte: «como creación calculada y consciente», «libremente entregado a sus propios impulsos, revelando con demasiada frecuencia ese desenfrenado egoísmo que hace escarnio de todo derecho y ahoga en germen toda forma saludable»²⁴. Todo quedaba sujeto a la voluntad creadora (y destructora) del príncipe libre y nuevo²⁵. No es de extrañar entonces que Maquiavelo descartara la acción moral

24 Burckhardt, Jacob, **La Cultura del Renacimiento en Italia**, Buenos Aires: Editorial Losada, 1962, p. 8.

25 A este respecto George Sabine sostuvo que: «Una filosofía que atribuye principalmente los éxitos y fracasos de la política a la astucia o ineptitud de los estadistas tiene que ser forzosamente superficial. Maquiavelo concebía los factores morales, religiosos y económicos de la sociedad como fuerzas que un político inteligente puede usar en provecho del Estado o incluso crear en interés del Estado, y ello no sólo invierte un orden normal de valores, sino que invierte también el orden usual de eficacia causal». En: Sabine, George H., **Historia de la Teoría Política**, México: Fondo de Cultura Económica, 2a. edición, 1987, p. 264. Esta crítica debe ser tenida en cuenta, pues no cabe duda de que los príncipes no eran completamente libres. Estaban sujetos, como

por inefectiva y en cambio sostuviera que «es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad»²⁶.

Sin embargo sobre la sola base de la fuerza no se puede fundar un gobierno estable, el que requiere del respaldo de los gobernados. En la terminología de Max Weber, el poder (*Macht*) debe transformarse en dominación (*Herrschaft*). En este sentido, el poder, entendido como «la probabilidad de *imponer la propia voluntad*, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera sea el fundamento de esa probabilidad»²⁷, no es viable en la práctica en el largo plazo. Para ser estable, el poder debe manifestarse en la forma de dominación, esto es, como «la probabilidad de *encontrar obediencia* dentro de un grupo determinado para mandatos específicos»²⁸. La dominación, que se sostiene en la legitimidad, es en consecuencia la verdadera manifestación empírica del poder, pues es la única garantía sólida de estabilidad política.

Los gobiernos italianos debían entonces fundar legitimidad. Para Maquiavelo eran dos los regímenes políticos con este potencial: el principado y la república. Aunque Maquiavelo era un republicano, antes era un hombre pragmático que estaba convencido de que la fundación del Estado italiano sólo sería posible a través de la dominación de toda Italia por un príncipe nuevo. La unidad italiana sería la fuente de la legitimidad que Italia necesitaba. Una vez fundado el Estado y expulsados los bárbaros extranjeros, el gobierno del nuevo príncipe recibiría el respaldo de sus súbditos italianos. «¿Qué pueblos negaríanle obediencia?» y «¿Qué italiano le rehusaría su homenaje?»²⁹.

Respecto del segundo círculo, esto es, Europa, Maquiavelo escribió El Príncipe cuando este continente protagonizaba una verdadera revolución política: el nacimiento del Estado moderno. El paso desde la Edad

lo siguen estando los gobernantes de hoy en día, a fuerzas económicas y sociales que escapaban absolutamente a su control. Sin embargo, descalificar a Maquiavelo sobre esta base es no comprenderlo, pues lo que a ese pensador interesaba era el ámbito gobernable por la razón humana y reconoce explícitamente que *al menos la mitad* de nuestras acciones políticas están gobernadas por fuerzas que escapan a nuestro control. Las fuerzas económicas y sociales de que habla Sabine caerían dentro del ámbito de lo que Maquiavelo llamaba la *fortuna*. Entonces, no hacemos justicia a Maquiavelo si sostenemos simplemente que para él la práctica política dependía por completo de «la astucia o la ineptitud de los estadistas».

26 El Príncipe, XV.

27 Weber, Max, **Economía y Sociedad**, México: Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 43.

28 *Ibid.*, p. 170.

29 El Príncipe, XXVI.

Media a los Tiempos Modernos significó el reemplazo del feudalismo³⁰ por el Estado moderno *-stato*³¹. Esta profunda transformación de las instituciones políticas europeas se caracterizó por la concentración y centralización del poder político en la persona del príncipe libre. El rey medieval europeo, que bajo el feudalismo era sólo un señor más, un *primus inter pares*, se estaba transformando en rey absoluto. En efecto, los Estados modernos surgieron cuando un príncipe o rey, «dentro de un determinado territorio, reclamó (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima»³². Desde esta perspectiva, Italia se encontró de alguna manera 'retrasada' en su desarrollo político respecto de otras potencias europeas. Maquiavelo observó que, respecto de Europa, Italia se encontraba en una situación de extrema debilidad relativa, que la hacía extremadamente vulnerable a las amenazas externas. Los Estados italianos, más antiguos, pero divididos, se mostraban impotentes frente a los nuevos y poderosos Estados nacionales vecinos.

En *El Príncipe*, Maquiavelo se ocupa de los Estados extranjeros más relevantes para la política italiana, esto es, España, Francia, Turquía, los Estados Alemanes y Suiza; potencias que, junto a Inglaterra, dominaban la política internacional de la época. Estos Estados, especialmente España y Francia, representaban, por su superioridad militar, una permanente amenaza a la paz, la seguridad y la soberanía italianas. En efecto, en tiempos de Maquiavelo, la inferioridad política de Italia, hizo de sus débiles Estados constante presa de sus vecinos más poderosos. De esta manera, Maquiavelo constató que en el nuevo orden de los Tiempos

30 El régimen feudal es descrito en el capítulo IV de *El Príncipe*. Maquiavelo sostiene que el rey «está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, que son reconocidos y amados por sus súbditos y que son dueños de un Estado que el rey no puede arebatarles sin exponerse». El poder de la nobleza reducía la autoridad del rey.

31 El Estado moderno constituyó una forma de adaptación colectiva al nuevo orden político-económico de los Tiempos Modernos. Los nuevos Estados concentraron un enorme poder político. La construcción de poderosos ejércitos nacionales fueron la principal manifestación práctica del aplastante poder que surgía de la unidad política de amplios territorios. La unidad política sienta las bases para la paz y seguridad internas. Sin embargo, los nuevos Estados no trajeron consigo la paz y la seguridad internacionales. Las relaciones entre los Estados constituían un verdadero 'estado de naturaleza' mundial, en el cual la ley la seguiría imponiendo el más fuerte. En consecuencia, en el nuevo mundo moderno los Estados débiles, como la dividida Italia de los tiempos de Maquiavelo, sufrían las consecuencias de su relativa impotencia, transformándose en presas fáciles de las ambiciones de los Estados más poderosos.

32 Max Weber, *El Político y el Científico*, Madrid: Alianza Editorial, primera edición, 1967, p. 83.

Modernos, los Estados más débiles sucumbían a manos de los más fuertes. Los Estados italianos, en consecuencia, si deseaban seguridad y prosperidad, no tenían más alternativa que la unidad. Es «la desunión y la debilidad la que han llevado (a Italia) a ser presa no sólo de bárbaros poderosos, sino de quienquiera que la ha invadido»³³. En estas circunstancias no podía haber paz en Italia. En tiempos de Maquiavelo, es decir cuando en Europa empezaban a surgir los grandes Estados nacionales, allí donde faltaba un Estado poderoso, no podía haber seguridad, ni prosperidad, ni libertad³⁴.

Maquiavelo responsabilizaba a la Iglesia de ser el principal obstáculo para la solución de los problemas italianos: «la Iglesia ha mantenido y mantiene dividida a Italia. Jamás hubo ni habrá un país unido y próspero si no se somete todo él a la obediencia de un gobierno, ya sea república o principado, como ha ocurrido en Francia y en España. La única causa de que Italia no se encuentre en el mismo caso, de que no tenga una sola república o un sólo príncipe, es la Iglesia». «Así, pues, no habiendo sido nunca la Iglesia suficientemente poderosa para ocupar a toda Italia y no habiendo permitido a ninguna otra potencia que lo haga, ha sido la causa de que Italia no haya podido nunca unirse bajo un solo jefe y de que haya estado dividida siempre bajo una multitud de príncipes y señores»³⁵. Culpas aparte, a juicio de Maquiavelo Italia necesitaba someterse a un sólo gobierno, es decir transformarse en un Estado único, si deseaba terminar con sus graves problemas políticos.

En suma, los principales problemas italianos, esto es, la ilegitimidad de sus gobiernos, sus conflictos internos y la debilidad externa, se resolvían con la unidad, con la fundación del Estado. Maquiavelo llegó a la conclusión de que había que fundar el Estado italiano, fin fundamental de El Príncipe. Este diagnóstico constituyó una aguda y

33 Discursos, I, 12.

34 El problema italiano era el problema potencial que tenían las colonias inglesas en Norteamérica bajo los Artículos de la Confederación y que las llevó a unirse en los Estados Unidos de América.

35 Discursos, I, 12. A juicio de Jacob Burckhardt, esto explicaría la admiración que Maquiavelo sentía por el siniestro César Borgia. «No puede haber el menor género de duda de que muerto Alejandro, César, elegido o no papa, hubiera pretendido conservar, a cualquier precio, su señorío sobre el Estado Pontificio, y que, como papa, después de las faenas en que había intervenido, a la larga no lo hubiera logrado. De modo que habría sido el primero en secularizar el Estado Pontificio y hubiera tenido que hacerlo para mantener en él su soberanía. Si todo no nos engaña, éste es el motivo esencial de la secreta simpatía con que Maquiavelo trata a este gran delincuente. De César... o de nadie, podía esperar que 'sacara el hierro de la herida', es decir, que destruyera el Papado, fuente de todas las intervenciones y de todas las disensiones de Italia». Burckhardt, Jacob, op. cit., p.93.

acertada anticipación del desarrollo político europeo. «Ningún hombre de su época vio con tanta claridad la dirección que estaba tomando en toda Europa la evolución política»³⁶. «El Estado como fuerza organizada, suprema en su propio territorio y que persigue una política consciente de engrandecimiento en sus relaciones con otros Estados, se convirtió no sólo en la típica institución política moderna, sino en la institución cada vez más poderosa de la sociedad moderna»³⁷. Maquiavelo tenía razón, Italia necesitaba un Estado.

III. SOBRE LOS MEDIOS EN EL PRÍNCIPE

Los medios son los instrumentos propios de que se dispone para alcanzar el fin práctico deseado y los beneficios asociados al logro de ese fin. Si el arquero desea dar en el blanco, debe ser virtuoso en el arte de la arquería y disponer del arco y las flechas necesarios. Ahora bien, para Maquiavelo, la función propia de un príncipe se resume en fundar, conservar y engrandecer el Estado, y su arte es el del gobierno. Por lo tanto, el príncipe virtuoso será simplemente aquél que esté mejor capacitado para gobernar con vistas al logro de ese fin. Esta capacidad depende tanto de la virtud del príncipe como de la posesión de los medios materiales suficientes e idóneos (básicamente sus Ejércitos). En todo caso, la capacidad para gobernar, de acuerdo al pragmático Maquiavelo, se demuestra con hechos y sólo con hechos, porque «en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados»³⁸.

«El príncipe debe siempre apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno»³⁹. Las armas propias del príncipe, o sea, los medios de que dispone para alcanzar sus fines, son su *virtù* y sus ejércitos⁴⁰; y es la primera la que gobierna a estos últimos. Y el principal obstáculo del príncipe es la *fortuna*, esto es, aquello que escapa al control de su *virtù* y prudencia.

36 37 Ibid., p. 263.

38 El Príncipe, XVIII.

39 El Príncipe, XVII.

40 Porque la virtud la consideramos como un conjunto de cualidades propias de la persona de el príncipe, es que no incluimos a los ejércitos como parte integrante de ella. Distinguimos así la *virtù* de los medios materiales de que se vale el príncipe para alcanzar sus fines; y que son fundamentalmente sus ejércitos. Evidentemente, es la *virtù* la que gobierna el uso de los medios materiales, por lo que se consideren o no los ejércitos como parte integrante de la virtud, se llega, de todos modos, a los mismos resultados prácticos. Cf. Godoy, Oscar, 'La Previsión del Futuro en Maquiavelo', **Revista de Ciencia Política**, Santiago de Chile: Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. 5, Nº 2, 1985.

La *virtù* del príncipe consiste en las *cualidades personales* que lo hacen máximamente capaz de preservar el bien del Estado. Estas cualidades son varias: en primer lugar, coraje y energía⁴¹, además vigor, fuerza, destreza, carácter, fuerza de voluntad, inteligencia, habilidad, capacidad militar, astucia, ingenio, etc⁴². Mas la virtud política fundamental sigue siendo la *prudencia*, entendida como la capacidad de elegir siempre los medios más adecuados para alcanzar los fines, sin más restricciones que las que impone la *fortuna*, pero, y esto es fundamental, siempre con vistas al fin principal: el bien del Estado. Si hubiera que elegir un término que fuera el más cercano al concepto de príncipe virtuoso de Maquiavelo, diría que es la idea de príncipe prudente, el gobernante que actúa racionalmente, y sin remordimientos de ningún tipo, porque el fin último que persigue, esto es el bien del Estado, todo lo justifica. En palabras de Maquiavelo, «es preciso, pues, que (el príncipe) tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal»⁴³. Pero nunca está demás insistir en esto: Maquiavelo *solamente* justifica el uso de 'cualquier medio' si lo que se busca es 'preservar la salud' del Estado⁴⁴.

El príncipe prudente, si desea alcanzar sus fines, debe seguir una serie de reglas generales de actuación, las que Maquiavelo prescribe en *El Príncipe*. Desde esta perspectiva, *El Príncipe* podemos dividirlo en varias partes. En la primera, capítulos I al XI, Maquiavelo se refiere a la naturaleza de los principados⁴⁵ y a las distintas formas de adquirirlos y conservarlos. La segunda parte, que incluye los capítulos XII, XIII y XIV, trata de los ejércitos y del arte de la guerra, los medios fundamentales para fundar, conservar y adquirir Estados. En la tercera parte de *El Príncipe*, capítulos XV al XXIII, Maquiavelo se ocupa del comportamien-

41 Maquiavelo «always used the word virtue in the sense of courage and energy both for good and evil». En: Villari, Pasquale, *Life and Times of Machiavelli*, 4 volúmenes, Londres, II, p. 92.

42 Los traductores de *El Príncipe* sólo la menor parte de las veces traducen el término *virtù* por la palabra castellana 'virtud'; en cambio, las más de las veces recurren a otros sinónimos que en el contexto particular parecen ser más adecuados. Para evitar malentendidos en este artículo se usa el término *virtù*, siempre en itálicas.

43 *El Príncipe*, XVIII.

44 Maquiavelo nunca dijo 'el fin justifica los medios', porque de haber dicho algo hubiera sido: 'el fin de *fundar y conservar el Estado* justifica los medios'.

45 «Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados» (*El Príncipe*, I). Maquiavelo trata en *El Príncipe* sólo sobre los principados; sobre las repúblicas trata en los Discursos.

to que deben observar los príncipes en sus relaciones con los demás hombres. Ahora bien, estas reglas, «llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario». Sin embargo, si no son observadas hacen la ruina del príncipe, causándole la pérdida de su Estado.⁴⁶

En la primera parte, Maquiavelo se interesa fundamentalmente por las formas de adquisición de los principados y su posterior conservación. Maquiavelo inicia su exposición con los principados hereditarios, los más fáciles de conservar, porque se adquieren por derecho de herencia y, en consecuencia, el príncipe gobernante lo es natural y legítimamente. Sin embargo lo que fundamentalmente ocupa a Maquiavelo no son los principados hereditarios si no los *principados nuevos*. Esto es elemental: si se desea construir un gran Estado (como el Estado italiano, por ejemplo), es necesario adquirir territorios que anteriormente no estaban bajo el gobierno del príncipe adquirente. Son éstos, además, los más difíciles de preservar. Sobre las reglas para conservar los principados nuevos, Maquiavelo se expresa en extenso y afirma que son más fáciles de conservar: Primero, los que «son de la misma lengua y la misma provincia», o sea, los que son culturalmente homogéneos con el principado al cual se agregan⁴⁷. Segundo, los que son adquiridos por las armas propias y no por la *fortuna*, porque el príncipe que ha demostrado poseer la *virtù* suficiente para adquirir esos principados la posee también para conservarlos⁴⁸. Tercero, los que son «gobernados por un príncipe asistido por siervos, donde el príncipe goza de mayor autoridad» y «nadie goza de crédito en el pueblo⁴⁹». Una vez derrotado el gobernante, explica Maquiavelo, basta ‘deshacerse’ de su familia para que no quede nadie con la suficiente autoridad para tomar su lugar (aunque por la gran autoridad que concentra el rey, estos principados son extremadamente difíciles de conquistar). Por último, y en cuarto lugar, son más fáciles de conservar los principados que estaban gobernados por un príncipe, que los «acostumbrados a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad»⁵⁰, o sea los Estados que antes eran principados que los que eran repúblicas. En suma, podemos resumir todo lo anterior en una idea: son más fáciles

46 El Príncipe, XXVI.

47 El Príncipe, III.

48 El Príncipe, VI y VII.

49 El Príncipe, IV. Esto contrasta con los Estados en los cuales existe una multitud de nobles poderosos dentro de sus propios territorios, situación más semejante al estado feudal que al moderno.

50 El Príncipe, V.

de conservar los principados nuevos si el nuevo príncipe posee la capacidad para seguir gobernando con el respaldo de sus nuevos súbditos; de otra forma la nueva adquisición se perderá con toda probabilidad.

De la primera parte de *El Príncipe* se pueden extraer al menos cinco reglas generales fundamentales para la conservación de los principados nuevos. La primera es que, una vez adquirido el nuevo principado, se debe 'extinguir' al príncipe que gobernaba anteriormente y a su dinastía. Una regla simple y brutal, por lo 'eficiente'. La segunda regla consiste en que, en el principado recién adquirido, se deben realizar sólo los cambios que sean estrictamente necesarios, intentando preservar las cosas tal cual estaban anteriormente: se deben respetar las costumbres, preservar las leyes, mantener las ventajas personales y conservar los impuestos. La tercera, hacer 'buen uso' de las crueldades. «Llamaría bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se lo puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse, y cuando no se insiste en ellas»⁵¹. La cuarta regla consiste en ganarse el apoyo del pueblo: «un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero debe temer todo y a todos cuando lo tiene por enemigo y es aborrecido por él»⁵². Hay una quinta regla general que se aplica a las repúblicas recién adquiridas, si no se las quiere destruir: «no hay nada mejor para conservar una ciudad acostumbrada a vivir libre que hacerla gobernar por sus mismos ciudadanos»⁵³. Si tuviéramos que fundir las cinco reglas expuestas en un sólo concepto, diría que Maquiavelo está pensando en la fundación de legitimidad política. Y esto no debe extrañarnos, pues todo político práctico que desee mantenerse en el poder sabe muy bien que debe legitimar su poder a los ojos de los gobernados⁵⁴.

En la segunda parte, Maquiavelo trata de los *ejércitos* del príncipe. Los ejércitos son, a juicio de Maquiavelo, el medio material o recurso

51 *El Príncipe*, VIII.

52 *El Príncipe*, XIX.

53 *El Príncipe*, V.

54 Esto explicaría el ambiguo capítulo VIII, en el que Maquiavelo, de manera poco convincente, condena los crímenes del siciliano Agátocles; los que en ningún caso fueron mayores que los de su admirado César Borgia. Y aventuro una hipótesis: las excesivas crueldades reducen las posibilidades de fundar legitimidad. Esto es contradictorio con el fin de preservar lo adquirido y, en consecuencia, con el que debe ser el comportamiento de un príncipe prudente. Maquiavelo quiere dejar esto establecido. Sin embargo, Agátocles sería una excepción a la regla, que merece la secreta admiración de Maquiavelo, pero que sienta un mal precedente para las acciones que él está prescribiendo, por lo que debe ser, de alguna forma, censurado.

político fundamental del gobernante. Esto porque sin un buen ejército, primero, es imposible conservar el Estado que se posee, y segundo, es impensable pretender adquirir Estados nuevos. En efecto, en primer lugar, y por lamentable que esto sea, sin buenos ejércitos no es posible garantizar la existencia en el largo plazo de un Estado. «El mejor de los regímenes, sin protección militar, correría la misma suerte que aguardaría a las estancias de un soberbio y real palacio que, aun resplandecientes de oro y pedrería, carecieran de techo y no tuvieran nada que las resguardase de la lluvia»⁵⁵. La seguridad y conservación del Estado sólo puede proveerla un buen ejército (y es prerequisite del bienestar). Pero además, en segundo lugar, el fin último de El Príncipe, esto es, la fundación del Estado italiano, sería absolutamente inaccesible sin buenos ejércitos. Claro, sin ejércitos el príncipe no puede confiar en acrecentar su Estado adquiriendo otros principados. Para Maquiavelo, si Italia todavía no existe «se debe a que la antigua organización militar no era buena»⁵⁶, no era capaz de unificar la península y simultáneamente resistir a las potencias extranjeras. Por todo esto es que Maquiavelo prescribe que «un príncipe no debe entonces tener otro objeto, ni pensamiento, ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra», «pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él»⁵⁷.

Los ejércitos, en consecuencia, son necesarios para el logro de los fines del príncipe: la fundación, engrandecimiento y conservación del Estado. Ahora bien, para alcanzar esos fines, el príncipe debe observar ciertas reglas generales, principalmente dos. La primera es que el príncipe debe estar siempre preparado para la guerra «a fin de que, si la *fortuna* cambia, lo halle preparado para resistirle»⁵⁸. Para estar preparado, el príncipe debe estudiar y entrenarse. Dedicarse a la caza es un medio excelente. La segunda regla es para Maquiavelo una 'regla de oro', que verdaderamente le obsesionaba: los ejércitos deben estar compuestos de soldados propios, es decir de soldados reclutados de entre los súbditos del príncipe. Hay tres tipos de tropas. Uno, las mercenarias o tropas extranjeras «a sueldo del príncipe». Dos, las auxiliares o «aquéllas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda». Y tres,

55 Maquiavelo, Nicolás, **Del Arte de la Guerra**, Madrid: Tecnos, 1988, p. 6. El hecho de que Maquiavelo escribiera, y publicara en 1521, un libro dedicado exclusivamente a la disciplina militar, refleja la importancia que él atribuía a este arte.

56 El Príncipe, XXVI.

57 El Príncipe, XIV.

58 *Ibíd*em

las tropas propias. Las tropas mercenarias y las auxiliares son «inútiles y peligrosas», pues si vencen, el principado que defendían queda a su disposición, y si son derrotadas, lo que ocurre normalmente, la derrota es siempre total. En consecuencia, «todo príncipe prudente ha desechado esas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las propias que vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas». «Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro; más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad»⁵⁹.

La tercera parte, donde a mi juicio El Príncipe alcanza su mayor penetración política, trata del comportamiento de los gobernantes; siempre con vistas al fin de conservar y engrandecer el Estado. La primera regla que debe guiar el comportamiento de los príncipes es simple: «es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad»⁶⁰. Si es necesario debe ser tacaño⁶¹, cruel⁶² y traicionero⁶³. El gobernante no debe dejar «de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad»⁶⁴. En esta primera regla de comportamiento se resume, sin duda, uno de los postulados centrales de El Príncipe: que todo 'buen gobernante' deberá, necesariamente, cometer actos de gran maldad, esenciales para la preservación del 'bien del Estado'. ¿Se equivoca Maquiavelo? De esta primera regla se desprende, prácticamente como su corolario, una segunda regla general: es indispensable que el príncipe 'aparente' poseer todas las virtudes. El arte del disimulo. «No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas⁶⁵, pero es indispensable que aparente poseerlas»⁶⁶. Una tercera regla, muy importante, es que el príncipe debe ser temido y, al mismo tiempo, evitar ser odiado. El temor paraliza y en consecuencia limita las ambiciones y los deseos de los hombres. Sin embargo, el odio hace a los hombres temerarios y pone en peligro la seguridad del príncipe. Del odio

59 El Príncipe, XIII.

60 *Ibidem*.

61 El Príncipe, XVI.

62 El Príncipe, XVII.

63 El Príncipe, XVIII.

64 El Príncipe, XV.

65 Piedad, fidelidad, humanidad, rectitud, religiosidad, etc. La lista completa, acompañada de sus respectivos vicios, está en el capítulo XV.

66 El Príncipe, XVIII.

surgen las conspiraciones, la mayor amenaza interna que enfrenta un príncipe. Este, para no ser odiado, «basta que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos»⁶⁷, «porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos»⁶⁸. El príncipe «debe hacerse temer de modo que si no se granjea el amor, evite el odio, pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado»⁶⁹. Ser amado no reporta mayores beneficios al príncipe, pues, en primer lugar, no depende de él sino de los otros, y en segundo lugar, «porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse»⁷⁰. En suma, el príncipe prudente debe elegir el temor, justo medio entre el amor y el odio. Una cuarta regla consiste en que la imagen y la autoridad del príncipe deben ser consistentes con su dignidad de gobernante del Estado. Sólo así se ganará el respeto de sus súbditos, será estimado y evitará ser despreciado. ¿La 'soledad del poder'? El desprecio, como el odio, pone en peligro al príncipe, en consecuencia, «el príncipe debe ingeniarse para parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos»⁷¹. La quinta regla dice relación con la elección de las personas que lo rodean. El príncipe prudente debe huir de los aduladores⁷² y rodearse de «hombres de buen juicio», capaces de darle buenos consejos. Estos hombres serán los «únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas»⁷³. Sin embargo, la prudencia del príncipe no puede nacer de los buenos consejos de sus asesores. Por el contrario, los buenos consejos nacen de la prudencia del príncipe para elegir y utilizar a sus colaboradores.

Se anuncia el final de *El Príncipe*, cuando, en el capítulo XXIV, Maquiavelo explica el valor de las reglas que ha expuesto en las tres partes anteriores. Quien siga las reglas propias de la acción política se consolidará y afianzará en el poder, pero quien no las cumpla, perderá su Estado. «Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestro tiempo perdieron sus Estados, se advertirá, en primer lugar, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas»⁷⁴. Examinando el contenido de las reglas generales prescritas

67 *El Príncipe*, XVII.

68 *El Príncipe*, XIX.

69 *El Príncipe*, XVII.

70 *Ibidem*.

71 *El Príncipe*, XXI.

72 *El Príncipe*, XXIII.

73 *Ibidem*.

74 *El Príncipe*, XXVI.

por Maquiavelo, me atrevo a aventurar una hipótesis: que lo que hay en común detrás de todas esas reglas es que permiten la fundación de legitimidad política. El poder del príncipe debe transformarse en autoridad.

En el capítulo XXV, Maquiavelo trata específicamente de la fortuna, ese «antiguo río» que cuando se embravece «todo el mundo cede a su furor». La *fortuna* es lo que escapa al control del cálculo racional de la prudencia del príncipe, es lo impredecible e incierto (y en un extremo lo necesario o inalterable) que caracteriza al ambiente en el que se realiza la acción política, dependiente de infinitos y complejos factores. Acepto por cierto, dice Maquiavelo, «que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos»⁷⁵. En consecuencia, hay el ámbito controlable por el príncipe y el que escapa a su control. El príncipe prudente intentará siempre oponer su *virtù* a los impredecibles caprichos de la *fortuna*. No hay garantías de éxito. Un príncipe puede ser perfectamente virtuoso y prudente, y disponer de los medios materiales óptimos, y, sin embargo, fracasar. Como ejemplo vaya el caso de César Borgia, de quien Maquiavelo, su admirador, afirma que «no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él». Sin embargo, el siniestro duque Valentino perdió su Estado, «producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte»⁷⁶. El príncipe maximiza sus posibilidades de éxito si se resguarda de los 'caprichos' de la *fortuna*: si ésta es un río, los hombres deben construirle diques y canales cuando está calmo, única forma de resguardarse contra su potencial violencia. «Así sucede con la *fortuna*, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay *virtù* preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla»⁷⁷. Se desprende una regla de oro: el príncipe prudente debe siempre tratar de depender de los medios propios y, al mismo tiempo, esforzarse por minimizar su dependencia de lo ajeno.

El concepto de *fortuna* de Maquiavelo nos recuerda que la política es sobretodo un arte y, en consecuencia, la práctica política no será nunca igual a las prescripciones teóricas de la Ciencia Política.

75 El Príncipe, XXV.

76 El Príncipe, VII.

77 El Príncipe, XXV.

CONCLUSIONES

El Príncipe, como 'saber político' para aplicar, es una obra coherente. En primer lugar se funda en la observación de los hechos, en el 'dato real', en la *verità effettuale della cosa*. Este es el sentido básico de la 'ciencia de la política' de Maquiavelo y su novedosa metodología: fundar ese 'saber para aplicar' en un conocimiento 'empírico' de la política. La 'ciencia empírica' de El Príncipe se caracteriza básicamente por: la autonomía de la política respecto de la moral y la religión, por sustentarse conscientemente en la idea de la regularidad de la naturaleza humana y de sus 'leyes' de acción política, y, por último, por originarse en un método inductivo: generación de reglas generales desde la observación de experiencias políticas particulares. Desde esta perspectiva, la 'ciencia' de Maquiavelo es precursora de la Ciencia Política actual y el único fundamento posible de las prescripciones prácticas de El Príncipe.

En segundo lugar, porque es 'para aplicar', el conocimiento político de Maquiavelo cobra sentido con vistas a un fin práctico: la preservación del Estado. En este sentido la coherencia de El Príncipe proviene de su aplastante 'racionalidad práctica': si lo que deseamos es *maximizar* nuestras posibilidades de realizar con éxito ese fin, entonces, necesariamente, debemos hacer uso de todos los medios que estén a nuestro alcance. Maquiavelo es un 'fundamentalista' de la acción política, pero siempre que la salud del Estado esté de por medio. La amoralidad de los medios prescritos por Maquiavelo es consecuencia lógica de su racionalidad política: el príncipe prudente debe usar todas las armas de que dispone si desea conservar el poder y lograr sus fines.

Sin embargo, lo que en último término explica esa racionalidad extrema es la ausencia de límites a la conducta humana y al despliegue de su racionalidad. En consecuencia, El Príncipe se transforma en la 'biblia' del animal político en un mundo en el cual no existan instituciones políticas que limiten efectivamente el uso de los medios. Los hombres, en ausencia de limitaciones externas, actúan como si tuvieran 'derecho a todas las cosas'. En efecto, sin un marco valórico que regule nuestra conducta, no nos diferenciamos casi en nada de una máquina; esta 'frialdad mecánica' es uno de los componentes más impactantes de El Príncipe.

En tercer lugar, El Príncipe se originó en una atenta observación de los procesos políticos de su época. Es la respuesta de Maquiavelo a los problemas políticos italianos⁷⁸: la escasa legitimidad de sus gobiernos, las

78 Aunque, sin duda, también a sus problemas personales. Con El Príncipe, Maquiavelo

continuas luchas entre sus Estados y la debilidad relativa de los pequeños Estados italianos respecto de sus poderosos vecinos europeos. La solución a estos tres problemas era una sola: la unidad política italiana. La unidad fundaría legitimidad. Sobretudo por el prestigio personal que obtendría el príncipe fundador. La unidad italiana terminaría con las luchas internas al entregar el monopolio del poder político a un sólo centro. Por último, un Estado único permitiría a Italia lograr un equilibrio de poder con sus vecinos, asegurando su seguridad externa. El Estado italiano sentaría las bases de la prosperidad futura de los italianos.

En fin, El Príncipe es *saber político práctico*, es conocimiento para aplicar, el que Maquiavelo desarrolló desde la observación atenta de los hechos políticos reales. Así nació la Ciencia Política y esta es una lección que los científicos políticos no deberíamos olvidar.

busca ganarse la confianza de los Médicis y recuperar su cargo en la Cancillería florentina. Dos argumentos a favor de las intenciones personales de Maquiavelo son: Uno, algunas alusiones al asunto contenidas en El Príncipe, como por ejemplo: «Los príncipes, sobretudo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban» (El Príncipe, XX). Y dos, la elección de Lorenzo de Médicis como el 'redentor' llamado a salvar Italia, personaje que difícilmente Maquiavelo hubiera considerado capaz de tal hazaña.